

Friedrich Katz
• **PANCHO VILLA** •

Traducción de Paloma Villegas

1



Ediciones Era

Índice

Tomo 1

Prefacio, 11

Prólogo, 15

I. DE FORAJIDO A REVOLUCIONARIO, 23

1. De la frontera con los indios al lindero con Estados Unidos, 25
2. La revolución que no esperaban ni su dirigente ni sus opositores: Chihuahua, 1910-1911, y el papel de Pancho Villa, 77
3. Decepción y contrarrevolución: Chihuahua, 1912-1913, 153
4. Un amor no correspondido: Villa y Madero, 1912-1913, 177

II. DE REVOLUCIONARIO A DIRIGENTE NACIONAL, 225

5. De exiliado a gobernador de Chihuahua: el ascenso de Villa, 1913, 227
6. Cuatro semanas que estremecieron a Chihuahua: la breve pero trascendental gubernatura de Pancho Villa, 267
7. Los jefes villistas, 293
8. La División del Norte, 331
9. El surgimiento de Pancho Villa como dirigente nacional: sus relaciones con Estados Unidos y su conflicto con Carranza, 355
10. La difícil búsqueda de la paz, 405
11. El villismo en la práctica: Chihuahua bajo Pancho Villa, 1913-1915, 451

NOTAS, 491

Tomo 2

12. La nueva guerra civil en México: el villismo a la ofensiva, 9
13. Cómo arrebatar la derrota de entre las fauces de la victoria, 67

III. DE DIRIGENTE NACIONAL A JEFE GUERRILLERO, 127

14. Venustiano Carranza en el poder, 129
15. El resurgimiento de Pancho Villa en 1916-1917, 171
16. Los años más oscuros: la sangrienta lucha guerrillera en Chihuahua, 1917-1920, 207
17. Pancho Villa y el mundo exterior, 249
18. La tentativa de crear un villismo con rostro humano: el regreso de Felipe Ángeles, 275

IV. RECONCILIACIÓN, PAZ Y MUERTE, 315

19. De guerrillero a hacendado, 317
20. Muerte y supervivencia de Pancho Villa, 361

CONCLUSIÓN, 397

SOBRE EL RASTRO DE PANCHO VILLA EN LOS ARCHIVOS, 423

FUENTES DE ARCHIVO, 439

AGRADECIMIENTOS, 447

ANEXO, 451

NOTAS, 455

BIBLIOGRAFÍA, 489

ÍNDICE ANALÍTICO, 517

Prefacio

Junto con Moctezuma y Benito Juárez, Pancho Villa es probablemente el personaje mexicano más conocido en todo el mundo. Las leyendas sobre Villa no sólo abundan en México, sino también en Estados Unidos y aun en otros países. Existen no sólo en la mentalidad, la tradición y las canciones populares, sino en el cine tanto mexicano como hollywoodense. Hay leyendas de Villa el Robin Hood, Villa el Napoleón mexicano, Villa el asesino despiadado, Villa el mujeriego y Villa como el único extranjero que atacó el territorio continental de Estados Unidos desde la guerra de 1812 y salió indemne. Sean correctas o incorrectas, exageradas o verídicas, uno de los resultados de estas leyendas es que el dirigente ha opacado al movimiento y los mitos han opacado al dirigente. Tanta atención se ha centrado en Villa el hombre que las características de su movimiento –que, en muchos sentidos, lo hicieron único en América Latina y, en otros, único dentro de la gama de las revoluciones del siglo XX– han quedado olvidadas o nunca se han estudiado. La División del Norte que Villa comandó fue probablemente el mayor ejército revolucionario que haya surgido jamás en América Latina. La revolución que Villa encabezó fue la única verdadera revolución social que jamás haya tenido lugar en la frontera misma de Estados Unidos. También fue una de las pocas revoluciones auténticas que se han producido en lo que podría describirse como una región fronteriza del continente americano. Tal vez sea aún más excepcional el hecho de que fue uno de los pocos movimientos revolucionarios con los que un gobierno estadounidense trató no sólo de llegar a un acuerdo, sino incluso de forjar una alianza. Igualmente excepcional es que el movimiento de Villa forme parte de una de las pocas revoluciones del siglo XX que aún disfruta de una enorme legitimidad a los ojos de su propio pueblo. Mientras en Rusia Leningrado ha sido rebautizado como San Petersburgo y en China los estudiantes cuestionan la revolución de Mao en la plaza Tiananmén, nadie en México piensa en rebautizar las calles que llevan los nombres de Villa y de otros héroes revolucionarios. De hecho, no sólo el partido gubernamental oficial, sino también el principal partido de oposición y el nuevo movimiento guerrillero surgido en Chiapas se proclaman herederos legítimos de los revolucionarios de 1910-1920, entre los que el movimiento de Villa constituyó una fuerza decisiva.

Finalmente, Villa, al igual que el dirigente del movimiento popular más fuerte en el sur de México, Emiliano Zapata, eran distintos en varios aspectos importantes de los dirigentes revolucionarios que surgieron en otros lugares

durante el siglo XX. En contraste con hombres como Lenin, Mao Tsé-tung, Ho Chi Minh o Fidel Castro, todos ellos intelectuales instruidos que encabezaron movimientos políticos bien organizados, Villa y Zapata procedían de las clases más bajas de la sociedad, tenían escasa educación y no organizaron partidos políticos. Este libro se centrará en esas características del movimiento de Villa así como en la personalidad de su dirigente. Procurará examinar la composición social del movimiento, en torno al cual existe tanta polémica como acerca de su líder. Mientras para algunos fue un movimiento campesino auténtico, otros lo ven como una revolución dominada por los malvivientes que poblaban la frontera: ladrones de ganado, bandidos, hombres sin raíces ni ideología. Esta última interpretación se ha visto muy reforzada por la personalidad de algunos de sus dirigentes, que lograron pasar de la historia a la leyenda, como Rodolfo Fierro, “el Asesino”, y Tomás Urbina, “el Bandido”. ¿Eran estos hombres realmente característicos de la dirección del movimiento villista? Aún no se ha realizado ningún estudio sobre la vasta gama de dirigentes secundarios de todo tipo que se congregaron en el movimiento de Villa, ni sobre la composición social de su ejército y la base social que lo apoyaba.

Uno de los criterios más importantes para valorar a un dirigente revolucionario, o por lo demás a cualquier figura política, es lo que hizo cuando estuvo en el poder. Villa controló Chihuahua durante dos años, pero poco se han estudiado, no sólo el programa que diseñó para el estado, sino los cambios que realmente llevó a cabo.

Encontré dos dificultades principales al escribir este libro. La primera, mucho menos importante que la segunda, es el hecho de que Villa, a diferencia de otras importantes figuras revolucionarias de México, como Zapata, Carranza u Obregón, no dejó ningún archivo, y los archivos estatales de Chihuahua fueron destruidos por el fuego en 1940. Lo que en gran medida me ayudó a superar este problema fue que mientras estaba terminando este libro, se volvieron consultables otras fuentes de archivo que durante años habían sido inaccesibles para los investigadores. Entre ellas se cuentan los expedientes de la Secretaría de la Defensa Nacional de México, los registros de la Sección de Terrenos Nacionales del Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, y archivos estadounidenses como el de Inteligencia Militar y el del FBI, así como los papeles de muchos colaboradores de Villa.

La dificultad más grave que enfrenté fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa debido, por una parte, a que él estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo para bordar sobre ellos. Por otra parte, no existe uno solo, sino toda una serie de mitos en torno a Villa y su movimiento: los que se expresan en las canciones populares, el que urdieron los vencedores, que durante muchos años presentaron una historiografía oficial hostil sobre él, y el de Hollywood, a su vez muy contradictorio, para nombrar sólo unos cuantos. Estos mitos contaminan muchos de los miles de artículos y memorias escritas en torno a Villa. Por esta razón, he intentado en la medida de lo posible apoyarme en documentos contemporáneos, mucho menos teñidos y afectados por la leyenda.

El libro comprende cuatro partes principales ordenadas cronológicamente, que representan cuatro grandes fases tanto en la vida de Villa como en la historia de México. La primera parte se ocupa de los primeros años de Villa como forajido y su aparición como dirigente de segunda fila en la revolución mexicana, hasta principios de 1913. También describe las condiciones especiales que transformaron a Chihuahua en un foco principal de la revolución y sitúa el papel excepcional que ese estado desempeñó, tanto en 1910-1911, como en 1912 dentro de una historia más amplia de la revolución mexicana.

La segunda parte comprende el periodo en que Villa surge como dirigente nacional y Chihuahua, una vez más, se convierte en una zona central de la revolución. Empieza con el impresionante ascenso de Villa a la escena nacional en 1913 y termina con sus desastrosas derrotas militares a fines de 1915. Busca definir la naturaleza de su movimiento revolucionario en comparación con los otros grandes movimientos que surgieron al mismo tiempo en México. También trata de medir el impacto del villismo como ideología y como movimiento social y sus efectos prácticos en el estado de Chihuahua, en México en su conjunto y, por último, pero no menos importante, en Estados Unidos. Éste es el periodo de la vida de Villa que ha sido más intensamente estudiado y ha dado origen a las mayores controversias sobre su personalidad y su movimiento.

La tercera parte del libro se ocupa de los años 1915 a 1920: la guerra de guerrillas que libró Villa en ese tiempo, el ataque a la población de Columbus, Nuevo México, y sus muy paradójicos resultados, el resurgimiento del villismo como fuerza nacional en 1916-1917 y su subsecuente declinación.

La última parte describe la rendición de Villa, su vida como hacendado, su asesinato y las consecuencias que acarreó, y la evolución de su leyenda. Por último, el capítulo final busca valorar qué conclusiones se pueden alcanzar acerca de la personalidad de Villa y el carácter e impacto de su movimiento. Dicha conclusión también intenta mostrar en qué puntos quedan, en mi opinión, preguntas sin responder, discrepancias persistentes y bases legítimas para continuar el debate.

Este libro no es en modo alguno el primero que se ha escrito sobre Villa. Ya existían obras notables como las *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán (que se describen y comentan en el capítulo dedicado a las fuentes). Sin embargo esos libros tendían a centrarse en el hombre más que en su movimiento, y muchas de las fuentes que yo pude utilizar fueron inaccesibles para sus autores.

No pretendo dar una respuesta final a los muchos problemas que Villa y su movimiento han planteado ni resolver las controversias que han suscitado. No cabe duda de que aparecerán nuevos documentos y nuevas interpretaciones sobre uno y otro. Además, como ha ocurrido con Danton, Robespierre y otras grandes figuras revolucionarias (y Villa, se piense de él lo que se piense, fue una gran figura revolucionaria), cada generación lo verá desde una perspectiva diferente, de manera que se seguirá discutiendo el tema aún durante mucho tiempo. Espero haber contribuido a poner en claro los parámetros de esa discusión.

Prólogo

A él le hubiera encantado la escena. A pesar del frío que hacía aquel día ventoso de noviembre de 1976, el gentío colmaba las calles de la vieja ciudad de Parral. Habían oído que los restos de Pancho Villa, enterrados allí, iban a ser trasladados, por decreto presidencial, al Monumento a la Revolución, en la ciudad de México. Era el tardío reconocimiento de sus méritos revolucionarios por un gobierno mexicano.

Al aparecer el féretro de Villa flanqueado por miembros de su familia, la multitud estalló en aplausos y aclamaciones. Muchos lanzaron el viejo grito de guerra: “¡Viva Villa!”¹ Lo que más lo habría impresionado era que prácticamente ninguno de esos espectadores entusiastas lo conoció nunca, dado que más de cincuenta años habían pasado desde que fue asesinado y ni siquiera los padres de muchos de los que ahora colmaban las calles de Parral, para verlo partir a reunirse con sus enemigos en el mausoleo de los héroes revolucionarios en la capital, lo vieron ni lo oyeron, ni lo conocieron. El hecho de que tantos años después de su muerte miles de personas vinieran a aclamarlo daba la medida de la influencia que aún ejercía en su estado adoptivo. Otra expresión de las emociones que su memoria despertaba era que también varios miles de personas, por su parte, se habían negado a salir a la calle, muchas habían enviado duras cartas de protesta a los periódicos y algunas leían ávidamente libros como el recientemente publicado *Francisco Villa, el quinto jinete del apocalipsis*.²

Tal vez no le hubiera sorprendido a Villa la mezcla de amor y odio, respeto y desprecio que suscitaba en México, pero no le habría parecido tan previsible la forma en que se manifestaba esa misma mezcla al norte de la frontera, en un país por el que alimentó en los últimos años de su vida un aborrecimiento cada vez mayor: Estados Unidos. En noviembre de 1979 se erigió en Tucson, Arizona, una estatua suya que despertó emociones por lo menos tan fuertes como las que se expresaban en México, y fue recibida con una combinación similar de odio y amor, respeto y desprecio.³

Esas reacciones encontradas reflejan las contradicciones del hombre mismo y las contradicciones que se esconden en las muchas leyendas acerca de él.

LOS PRIMEROS AÑOS: LAS LEYENDAS

Los primeros años de la vida de Villa permanecen envueltos en el misterio. Esto se debe en parte a que, a diferencia de las otras figuras principales de la

revolución, Villa fue durante muchos años un forajido y como tal recorrió vastas zonas del norte de México.

Ese simple hecho es un obstáculo importante para cualquiera que se proponga conocer a fondo esa primera etapa, en especial porque tendrá que abrirse camino a través de las muchas leyendas forjadas por amigos y enemigos.

Existen básicamente tres versiones de esos primeros años, a las que llamaré la leyenda blanca, la leyenda negra y la leyenda épica. La leyenda blanca, basada en gran parte en los recuerdos del propio Villa, lo retrata como una víctima del sistema social y económico del México porfiriano, a quien las autoridades impidieron, a pesar de sus esfuerzos, llevar una vida tranquila y obediente de la ley. La leyenda negra lo describe como un malvado asesino, sin ninguna cualidad redentora. La leyenda épica, basada en buena medida en las canciones y tradiciones populares que al parecer surgieron sobre todo durante la revolución, pinta a Villa como una personalidad mucho más importante en el Chihuahua prerrevolucionario que su propia versión o que la leyenda negra. Lo que las tres leyendas tienen en común es que no se basan en documentos contemporáneos, sino más bien en reminiscencias, canciones populares, rumores, memorias y testimonios de oídas. También tienen en común que ninguna de ellas es enteramente coherente consigo misma.

La leyenda blanca se basa ante todo en la autobiografía que Villa le dictó a uno de sus secretarios, Manuel Bauche Alcalde, en el momento culminante de su carrera, en 1914. Estas memorias fueron a parar a manos de uno de los mayores novelistas de México, Martín Luis Guzmán, quien tras reescribirlas y editarlas las publicó como primera parte de un libro llamado *Memorias de Pancho Villa*.⁴ Para este libro, me he basado en las memorias originales de Villa, que la familia de Martín Luis Guzmán me permitió generosamente consultar.

Uno de los pocos aspectos de la vida de Villa sobre el cual todos están de acuerdo es que nació en 1878, en el Rancho de la Coyotada, que formaba parte de una de las haciendas más grandes del estado de Durango, propiedad de la familia López Negrete. Sus padres, Agustín Arango y Micaela Arámbula, eran aparceros de la hacienda. El niño fue bautizado con el nombre de Doroteo Arango. (Existen opiniones divergentes sobre su verdadero nombre.) Su padre murió joven y su madre se quedó con cinco hijos que mantener.

A partir de este punto las leyendas blanca, negra y épica se separan.

LA LEYENDA BLANCA

“La tragedia de mi vida empieza el 22 de septiembre de 1894, cuando yo tenía dieciséis años”, refiere Villa en sus memorias. Trabajaba como aparcerero en la Hacienda de Gogojito y tras la muerte de su padre se había convertido en cabeza de su familia, constituida por su madre, sus hermanos Antonio e Hipólito, y dos hermanas: Marianita, de quince años, y Martina, de doce. Ese día, al llegar a su casa de regreso del trabajo, encontró al dueño de la hacienda, don Agustín López Negrete, “el Amo, el dueño de la vida y la honra de noso-

tros los pobres”, parado frente a su madre que le decía: “¡Váyase de mi casa! ¿Por qué quiere llevarse a mi hija?”

Al oír estas palabras, Villa se puso tan furioso que corrió a casa de su primo Romualdo Franco, tomó el rifle de éste y le disparó a López Negrete en un pie.

López Negrete empezó a pedir ayuda a gritos, aparecieron cinco de sus criados armados con rifles, y se dispusieron a disparar contra Villa. “¡No maten a ese muchacho!”, les gritó López Negrete. “¡Llévenme a mi casa...”

El joven Arango se dio cuenta de que aunque el hacendado había impedido que lo mataran, bien podía hacerlo arrestar.

Cuando en mi azoramiento me vi libre [...] monté en mi caballo, y sin pensar más que en alejarme, me fui a buscar refugio entre las soledades de la Sierra de la Silla, que está frente a la hacienda de Gogojito.

Mi conciencia me gritaba que yo había hecho bien. El amo, con cinco hombres armados, con todo el aparato de su poderío, había intentado imponer a mi hogar una contribución forzosa a la honra. No le bastaba el sudor de sus siervos, el trabajo de sus siervos, nuestras fatigas incesantes para enriquecerle a él, el amo, el dueño de las tierras que por nuestro esfuerzo eran productivas y fecundas; necesitaba también de nuestras hembras, de sus siervas, llevando su despotismo hasta la profanación de nuestros hogares.⁵

A partir de ese momento, Villa vivió como un forajido en las montañas de Durango, constantemente perseguido por las autoridades. Él cuenta cómo, con una habilidad casi sobrenatural, a los dieciséis y diecisiete años, logró una y otra vez burlar o derrotar a sus perseguidores.

Pocos meses después de su fuga a las montañas, lo detuvieron tres hombres que lo llevaron a la cárcel de San Juan del Río; el joven Arango estaba convencido de que en poco rato lo fusilarían. “A eso de las diez de la mañana del día siguiente, me sacaron de mi encierro para que moliera un barril de nixtamal.”⁶ Con la mano del metate Villa golpeó al guardia que tenía más cerca, huyó de la prisión y logró escapar a las montañas de Los Remedios, situadas en las cercanías.

Unos meses más tarde, en octubre de 1895, fue apresado de nuevo. Esta vez logró fugarse de una manera aún más espectacular. Siete guardias rurales lo hallaron dormido y lo conminaron a rendirse. Villa no se resistió, pero sugirió a sus captores que tostaran unos elotes antes de llevarlo a la cárcel de la ciudad. Tenían hambre, eran siete y no tenían por qué temer al muchacho que habían capturado, así que accedieron.

Lo que no sabían era que Villa tenía una pistola escondida bajo su cobija y un caballo pastando ahí cerca. Mientras dos de ellos iban a cortar las mazorcas y otros dos a recoger leña, Villa sacó su pistola, empezó a disparar contra los tres guardias restantes, corrió a su caballo y escapó.⁷

Con orgullo relata Villa en qué forma, sólo unos meses después, derrotó a otra partida enviada para capturarlo. En esa ocasión, condujo a los rurales a una emboscada y mató a tres de ellos.⁸

Finalmente Villa empezó a sentir que la vida que llevaba era demasiado peligrosa y decidió tomar nuevas medidas para eludir a sus perseguidores y facilitar su vida de proscrito. Primero decidió cambiar de nombre. Su padre, escribe, había sido hijo ilegítimo de Jesús Villa, y por esta razón el joven Doroteo Arango decidió llamarse Francisco Villa. Se convenció de que sobrevivir solo era demasiado difícil y se unió a otros bandidos que actuaban en los alrededores, Ignacio Parra y Refugio Alvarado. Antes de aceptarlo en su compañía, éstos le dijeron:

“Oiga, güerito, si quiere usted andar con nosotros, es necesario que haga todo lo que nosotros le mandamos. Nosotros sabemos matar y robar. Se lo advertimos para que no se asuste.” Las palabras crudas, claras y precisas como un martillazo, no me estremecían [...] También los hombres que se titulan pomposamente honrados matan y roban. En nombre de una ley que aplican en beneficio y protección de los “pocos” y en amenaza y sacrificio de los “muchos”, las altas autoridades del pueblo roban y matan, con la impunidad más grande.⁹

Una vida nueva y mucho más agradable empezó entonces para Villa. De ser un fugitivo al que tratan de dar caza y que apenas logra sobrevivir, se convirtió en un hábil bandido, que cosechaba los frutos de sus robos y asaltos. Sólo una semana después de unirse a la banda, la parte que le tocaba en el botín era ya de más de tres mil pesos, es decir, más de diez veces el salario anual de un trabajador agrícola en el Chihuahua de la época. Pero no era más que el principio. Poco tiempo después, la banda robó ciento cincuenta mil pesos a un rico minero, y Villa dejó a la pandilla por un tiempo, con cincuenta mil pesos en el bolsillo. En esa época, tal cantidad constituía una fortuna; pero a los once meses la había gastado entera, sobre todo porque regalaba el dinero. En sus memorias, Villa afirma con orgullo: “Lo repartí a los pobres”. Su madre recibió cinco mil pesos; cuatro mil fueron entregados a otros parientes. A un anciano llamado Antonio Retana, que tenía mucha familia, no veía bien y era extremadamente pobre, le dio los medios para poner una sastrería y tomar un empleado que se encargara de ella. “En el término de unos ocho a diez meses, había yo reintegrado a los pobres el dinero que en formas tan variadas de latrocinio les habían arrebatado los ricos.”¹⁰

Una vez gastado todo el dinero, Villa regresó con la banda y recommenzó su vida de bandido, pero rompió con sus socios cuando uno de ellos asesinó cruelmente a un viejo que se había negado a venderle pan. Villa continuó vagando por las montañas de Durango, cometió unos cuantos asaltos, encontró nuevos socios y tuvo varios enfrentamientos a tiros con las autoridades. Finalmente, se hartó de vivir como un maleante. “En esa época le dije yo a Luis [Orozco]: ‘Hombre, en ninguna parte podemos vivir. Vámonos al estado de Chihuahua a ver si podemos poner algún trabajo por allá’. Nos vinimos a Parral como un mes después.”¹¹

Allí, Villa tuvo gran variedad de ocupaciones, pero una y otra vez se vio forzado a dejar todo y huir cuando las autoridades descubrían su identidad. Su

primer trabajo fue de minero, pero tuvo que dejarlo porque se lastimó un pie. Luego trabajó con un maestro albañil, haciendo ladrillos. Cuando descubrieron quién era, huyó y empezó a robar ganado para venderlo en el mercado de carne de Chihuahua. Esta actividad resultó poco remunerativa porque los que controlaban el negocio de la carne no le daban acceso al matadero, de manera que volvió a trabajar de minero, aunque por poco tiempo porque, de nuevo debido a la persecución de las autoridades, tuvo que regresar a su vida de forajido.

A pesar de la constante persecución, compró una casa en la ciudad de Chihuahua y decidió asentarse en ella. Fue allí donde, en algún momento de 1910, conoció a Abraham González,

el noble mártir de la democracia [...] invitándome a vindicar por medio de la Revolución los Derechos del Pueblo ultrajados por la Tiranía [...] Allí vine a comprender, por primera vez, que todas las amargas, todos los odios, todas las rebeldías acumuladas en mi alma, en tanto año de sufrir y de luchar, me habían dado una convicción, una fortaleza, una energía y una voluntad tan claras que debería yo ofrecérselas a mi patria [...] para liberarla de tantas víboras que [...] le devoraban impietosamente [sic] las entrañas.¹²

Villa se describe a sí mismo como una víctima, tanto del despotismo de los hacendados como de las arbitrariedades de las autoridades porfirianas. Un hombre con honor y dignidad no podía tomar otro camino que el que él había tomado atacando al hacendado que se había propasado con su hermana. Los funcionarios sin escrúpulos vinculados con el gobierno de Durango o con el clan Creel-Terrazas en Chihuahua habían frustrado todos sus intentos por dejar la ilegalidad.

La imagen que Villa pinta de sí mismo no es totalmente halagüeña: les robaba principalmente a los ricos, aunque no siempre, y a veces, aunque con menor frecuencia, les daba a los pobres. Dice que su madre le decía: “Hijito de mi vida, ¿de dónde traes tú este dinero? Estos hombres que andan contigo te van a llevar a la perdición pues ustedes andan robando y es un crimen el que llevo yo en mi conciencia si no te hago yo comprender”.¹³

Según su propia descripción, si se había convertido en un malhechor, no fue completamente contra su voluntad. Poco después de juntarse con Ignacio Parra, éste le dio tres mil pesos para que se equipara y comprara un caballo. En cambio, Villa prefirió guardar el dinero y robar el caballo de uno que pasaba.¹⁴ También podía haber empleado los cincuenta mil pesos que obtuvo en uno de sus primeros robos para establecerse e iniciar más pronto y con mayor facilidad una vida diferente.

Otro aspecto de esos primeros años que Villa destacaba era su gran astucia como hombre de pelea. Siendo un muchacho de dieciséis o diecisiete años, cuatro veces logró engañar a sus perseguidores, y mató en ese proceso a un buen número de hombres. Veía su lucha contra las autoridades como vincu-

lada en algún sentido con la revolución, pero no pretendía haber participado de ningún modo en los muchos levantamientos, protestas y movilizaciones políticas que tuvieron lugar en Chihuahua antes de la insurrección.

Sin embargo, Villa insistía en que, aunque había matado a muchos hombres, no era un asesino a sangre fría: lo había hecho porque estaba forzado a defenderse o bien porque lo habían traicionado.

LA LEYENDA NEGRA

Si bien se puede considerar a la autobiografía de Villa como una “leyenda blanca”, circulaban sobre él en Chihuahua historias de un tipo muy diferente, que se pueden designar inversamente con el término de “leyenda negra”. Algunas fueron recogidas en 1914 por los agentes de inteligencia de Estados Unidos que procuraban trazar el perfil biográfico de Villa. El informe enviado por John Biddle, coronel del Estado Mayor estadounidense, al jefe de su Estado Mayor, presentaba una imagen de Villa mucho más sanguinaria que la que ofrece su autobiografía.

Según una historia, el alguacil del condado se fugó con la hermana de Villa y huyó a las montañas. Villa lo persiguió con algunos hombres enardecidos, capturó a la pareja, forzó al hombre a casarse en una improvisada ceremonia, lo obligó a cavar su propia tumba, lo mató y empujó su cuerpo dentro de la fosa. Según una versión, fue encarcelado a los catorce años por robar ganado y, unos pocos meses después de salir libre, cayó de nuevo preso por homicidio en Guanavací, Chihuahua.¹⁵

En otro informe enviado a la Inteligencia Militar estadounidense, el doctor Carlos Husk, un médico que trabajaba en México para la American Smelting and Refining Company y que conocía bien a Villa, escribía:

En sus tiempos de bandido, su fama estaba tan extendida que casi cualquier delito que no pudiera resolverse en el norte de México se le imputaba a él, y aunque no hay duda de que participó en muchos de ellos, era físicamente imposible que llevara a cabo todo lo que sus enemigos lo acusaban de haber hecho y él, desde luego, dice que nunca cometió un asesinato a sangre fría, y que sólo mató para defenderse.¹⁶

La versión más amplia y sistemática de la leyenda negra fue escrita por Celia Herrera, miembro de una familia que llegó a tener una enemistad clánica contra Villa y a muchos de cuyos integrantes mató.¹⁷

Celia Herrera lo pinta como un hombre sediento de sangre y un asesino sin escrúpulos, sin el menor rasgo favorable. Según ella, Villa se convirtió en malhechor no por haber vengado el honor de su hermana, sino porque mató a otro muchacho, amigo suyo, con quien tuvo un altercado. Ése habría sido el prelude de un torrente de asesinatos que fueron aumentando año con

Friedrich Katz
• **PANCHO VILLA** •

Traducción de Paloma Villegas

2



Ediciones Era

La nueva guerra civil: el villismo a la ofensiva

EL ENCUENTRO DE PANCHO VILLA Y EMILIANO ZAPATA

Como en la historia de la mayoría de las revoluciones, la fase más sangrienta de la revolución mexicana no se produjo cuando los revolucionarios peleaban contra los defensores del antiguo régimen, sino cuando empezaron a combatir entre sí. En la mayoría de los casos, quienes defienden al antiguo régimen son una minoría apoyada por algunos sectores de las antiguas clases altas y aliados extranjeros. En cambio, las facciones rivales en el movimiento revolucionario mueven grandes masas y sus dirigentes suelen ser muy capaces, puesto que deben lo que han logrado a sus propios méritos, ya sean militares o políticos, y a su carisma, más que a las relaciones familiares o a la cuna. Para Robespierre, Danton era infinitamente más peligroso que Luis XVI. En la Rusia de Stalin, los seguidores de Trotsky tuvieron un destino mucho peor que quienes habían luchado contra los bolcheviques en las filas de los ejércitos blancos, durante la guerra civil. En la nueva confrontación que se desataba en México, los revolucionarios tratarían a veces con mayor dureza y brutalidad a sus antiguos aliados que a los comandantes federales de Huerta, a muchos de los cuales amnistiaron tras su derrota final.

Otras diferencias distinguían este nuevo conflicto entre revolucionarios de la anterior lucha de todas las facciones contra Huerta. En 1913-1914, cuando peleaban contra el ejército federal, los voluntarios revolucionarios se enfrentaban a reclutas más bien poco dispuestos, que peleaban a la fuerza. Esta vez sería una lucha de voluntarios contra voluntarios. En el largo combate contra Huerta, muy pocos dirigentes o unidades cambiaron de bando, aunque algunos soldados sueltos del ejército federal se pasaban a veces a las filas revolucionarias, y algunos oficiales capturados, al tener que elegir entre incorporarse a los insurgentes o encarar al pelotón de fusilamiento, no optaban por morir para probar su lealtad a Huerta. Pero en la guerra entre los revolucionarios, el cambio de lealtades fue muy frecuente y a menudo dependía de la decisión personal de los jefes o de quien creían que ganaría al final.

En la lucha contra Huerta, los revolucionarios podían dar por supuesto que contaban con el apoyo popular. Sus esfuerzos propagandísticos más importantes no estaban dirigidos tanto a México como a Estados Unidos, de donde esperaban obtener armas, municiones y apoyo diplomático. Esta vez, los revolucionarios, y especialmente la facción carrancista, se vieron forzados

a poner en marcha una propaganda y una movilización política mucho mayores para ganarse ese apoyo popular.

Cuando estallaron las hostilidades, a fines de 1914, la mayoría de los observadores estaba convencida de que Villa triunfaría rápida y fácilmente. Esta opinión se vio más que confirmada por la ofensiva aparentemente irresistible que lanzó Villa en las semanas iniciales de la guerra civil. Su primera decisión importante consistió en ordenar a sus tropas que marcharan sobre la ciudad de México, para que la Convención tuviera el control del país en términos tanto reales como simbólicos. El avance se produjo sin dificultades y barrió con las guarniciones carrancistas que se hallaban en el camino, y que pertenecían principalmente al Ejército del Noreste, comandado por Pablo González. Sus restos, desmoralizados, huyeron hacia Veracruz, que los estadounidenses habían evacuado, para unirse a Carranza, quien había concentrado allí al grueso de sus tropas, o a las regiones norteñas que aún controlaban los constitucionalistas.

En su camino hacia la capital, Villa fue recibido con júbilo en poblados y ciudades. “Todo el pueblo sin excepción estaba encantado de la llegada de Villa”, informó el representante de Wilson, George Carothers,

y eran frecuentes las quejas contra el tratamiento que habían recibido a manos de los carrancistas. Los tenderos acusaban a éstos de no pagar nunca lo que tomaban y de que, durante su breve régimen, no había habido más que desorden. A la llegada de las tropas de Villa, se abrieron las tiendas y el comercio reinició actividades inmediatamente. Las disposiciones de Villa contra el saqueo y el secuestro de cualquier propiedad privada eran muy estrictas, y sus soldados estaban obligados a pagar cualquier cosa que compraban.¹

El 28 de noviembre de 1914, las avanzadas de la División del Norte llegaron por Tacuba a la entrada de la ciudad de México. No pasaron de allí porque, al mismo tiempo, las tropas del Ejército Libertador del Sur, a las órdenes de Emiliano Zapata, ocuparon la capital, y Villa no quiso hacer nada sin su consentimiento.

El primer jefe convencionista que entró en la ciudad de México después de Zapata fue el presidente Eulalio Gutiérrez; se dirigió discretamente a Palacio Nacional, por cuyo interior lo condujo el hermano de Zapata, Eufemio. No hubo desfile, ni multitud vitoreante, ni gran recepción para el nuevo presidente, lo que sin duda reflejaba el hecho de que era prácticamente desconocido en el país y la estima en que lo tenían los zapatistas relativamente escasa. La acogida que se le tributó a Villa fue muy diferente. Su histórico primer encuentro con Zapata ocurrió en el pueblo de Xochimilco, a las afueras de la ciudad, donde lo esperaba el jefe sureño. Los dos fueron recibidos por escolares cargados de flores, y se dirigieron a la escuela pública del pueblo, donde tuvieron una primera reunión, afortunadamente preservada para la posteridad tanto por un estenógrafo como por Leon Canova, un representante estadou-

midense al que Villa había invitado. “Tras intercambiar unos cuantos saludos, estos hombres que nunca antes se habían visto”, informó el estadounidense,

pero que trabajaban en coordinación desde hacía algunos meses, se dieron el brazo y se dirigieron a la escuela municipal, donde debían celebrar una conferencia. Los condujeron a un gran salón del piso superior que inmediatamente atiborraron unas tres veintenas de personas íntimamente vinculadas a ambos jefes. En la habitación no había más que unas pocas sillas; los generales Villa y Zapata se sentaron ante una gran mesa oval, y pudo verse el marcado contraste entre ellos. A mi izquierda se hallaba Paulino Martínez, uno de los hombres de confianza del general Zapata y delegado a la Convención. Junto a él estaba el general Villa, alto, robusto, con unos noventa kilos de peso, tez casi tan roja como la de un alemán, tocado con un casco inglés, un grueso suéter café, pantalones color caqui, polainas y gruesos zapatos de montar. Zapata, a su izquierda, con un inmenso sombrero que por momentos daba sombra a sus ojos de modo que no era posible distinguirlos, piel oscura, rostro delgado, mucho más bajo que Villa y con unos sesenta y cinco kilos de peso. Llevaba un saco negro, una gran pañoleta de seda azul claro anudada al cuello, una camisa de intenso color turquesa, y usaba alternativamente un pañuelo blanco con ribetes verdes y otro con todos los colores de las flores. Vestía pantalones de charro negros, muy ajustados, con botones de plata en la costura exterior de cada pierna. Villa no llevaba ningún tipo de joya ni color alguno en sus prendas.²

El contraste entre la apariencia de uno y otro, la elegancia de Zapata y el atavío informal de Villa, no se continuaba en sus respectivos ejércitos; más bien ocurría lo contrario.

El vestuario de los hombres de Zapata reflejaba su condición: eran ante todo hombres del campo y sólo secundariamente soldados. Llevaban las camisas de algodón blanco que usan los campesinos del sur de México y los característicos huaraches. Los hombres de Villa, en cambio, mostraban su mayor grado de profesionalización militar: portaban uniformes color caqui recién llegados de Estados Unidos, y sus armas eran mucho más homogéneas que la variopinta mezcla de rifles y carabinas de los zapatistas.

Por fortuna para la historia, Leon Canova, el representante de Estados Unidos que tomó parte en la reunión, había sido periodista y estaba bien dotado para la escritura. (Ésa pudo ser la razón por la que Bryan le dio a este hombre, que resultó uno de los funcionarios más corruptos del Departamento de Estado, un alto cargo en su dependencia.) Canova nos dejó un inolvidable retrato de ese primer encuentro. “Fue interesante y divertido ver a Villa y Zapata tratando de hacer amistad. Durante media hora se quedaron sentados en un incómodo silencio, ocasionalmente roto por algún comentario insignificante, como novios de pueblo.”³

Para relajar la atmósfera, Zapata hizo traer una botella de coñac y propuso un brindis. Villa, que era abstemio, rehusó al principio, pero luego cedió a la

presión. “Asió titubeante su vaso y pareció tomar por fin una determinación. Lo alzó y bebió con Zapata. Por poco se ahoga. Su rostro se retorció y las lágrimas acudieron a su ojos al tiempo que pedía agua con voz ronca.” Lo que finalmente rompió el hielo no fue el coñac sino la referencia a “ese personaje que no les gustaba a ninguno de los dos: Carranza”. En la subsecuente conversación, surgieron las ideas y las limitaciones que tenían en común, y quedó apuntado, aunque de forma muy velada, lo que los separaba. Cada uno dejó en claro que no tenía ambición de llegar a presidente o de asumir el poder nacional. “No quiero cargos públicos porque no sé manejarlos”, dijo Villa, “[...] Entiendo muy bien que nosotros, el pueblo ignorante, somos los que damos la pelea, mientras que sólo aprovecha a los gabinetes.”

Los dos insistieron en que debían controlar rigurosamente a “los gabinetes” que ejercerían el poder. “Simplemente nombramos a los que no van a dar problemas”, dijo Villa. Y Zapata insistió, “aconsejaré a todos nuestros amigos que tengan mucho cuidado, si no, sentirán el filo del machete [...] No nos engañarán. Nos limitamos a jalarles las riendas, vigilarlos muy bien e irlos orientando”. Lo que querían decir con que el gobierno nacional “no iba a dar problemas”, como dijo Villa, o con “vigilarlos muy bien”, como recomendó Zapata, era que se proponían limitar severamente la capacidad de decisión de las autoridades nacionales en los asuntos relativos a las regiones de origen de los propios revolucionarios. Aparte de las tareas propias de la diplomacia y la representación, la autoridad del gabinete nacional estaría restringida a los asuntos exteriores y a las regiones en que Villa y Zapata no tenían interés, y cuyos líderes regionales estuvieran dispuestos a ceder el control.

También son reveladoras y significativas las limitaciones que los dos hombres compartían. Aparte de la reforma agraria, no se tocó ninguno de los graves problemas que afectaban a México. No se ocuparon de política exterior, de las relaciones con Estados Unidos, de los problemas laborales, ni de otros temas igualmente centrales.

La conversación también dejó entrever vagamente una diferencia importante, que pronto contribuiría a debilitar su alianza. En términos militares, Emiliano Zapata era un jefe regional con capacidades limitadas, en el mejor de los casos, al control de su propia región. Su ejército era incapaz de hacer la guerra fuera de Morelos y de tener un impacto decisivo sobre el destino del país. Sin embargo, en términos políticos y sociales, Emiliano Zapata era mucho más que un dirigente regional. Tenía una agenda nacional que se reflejaba en el Plan de Ayala, el cual fijaba términos concretos para la reforma agraria en todo el país. Desde el momento en que lo proclamó, en 1911, hasta su encuentro con Villa en 1914, Emiliano Zapata había insistido en que su plan era nacional. Para que fuera reconocido como tal, primero se alió con Orozco en 1911 y luego intentó, sistemáticamente, establecer alianzas con Villa y con otros dirigentes revolucionarios, tanto en el norte (Contreras no era sino un ejemplo), como entre los revolucionarios de Tlaxcala, más cercanos a su base regional.

Villa, en cambio, tenía un ejército capaz de hacer la guerra a escala nacional, como había demostrado la División del Norte. Pero su agenda social era

de carácter meramente regional. En el programa que desarrolló en su conversación con el emisario de Woodrow Wilson, Paul Fuller, y en el acuerdo a que llegó con Obregón, había insistido en la necesidad de la reforma agraria y en que ésta fuera definida por los concejos locales y las asambleas regionales, y no por un gobierno central.

Aunque nunca se formularon, esas diferencias entre Villa y Zapata estaban implícitas en sus conversaciones sobre la reforma agraria y en lo que hablaron y dejaron de hablar sobre temas militares. Aunque Villa defendía en términos generales la reforma agraria –“todas las grandes haciendas están en manos de los ricos y los pobres tienen que trabajar de sol a sol. Estoy convencido de que en el futuro la vida será diferente y, si las cosas no cambian, no entregaremos los máusers que tenemos en nuestras manos”– y aceptaba el Plan de Ayala en principio, no dijo nada acerca de cuándo, cómo y quién concretamente repartiría la tierra. Cuando más adelante intentara llevar a cabo la reforma agraria en Chihuahua, no lo haría con base en el Plan de Ayala. Durante mucho tiempo, mantendría su idea de permitir a cada región decidir qué reforma agraria llevar a cabo. Sólo en fecha relativamente tardía promulgó un plan nacional de reforma agraria, por lo demás sustancialmente distinto del Plan de Ayala.

Si la perspectiva agraria de Villa era regional y la de Zapata era una agenda nacional, lo contrario ocurría en cuanto a los asuntos militares. Villa insistía en las victorias de sus ejércitos y en sus alcances nacionales, mientras Zapata hablaba poco de la estructura y las posibilidades del Ejército Libertador del Sur.

No hay indicios de que se discutiera una agenda nacional más amplia en el encuentro más privado que tuvieron, después de la multitudinaria primera reunión. De dicho encuentro privado salió, en sustancia, la decisión de repartirse las responsabilidades militares: Villa se encargaría del norte y Zapata del sur, y en Veracruz harían una campaña conjunta contra Carranza. Un tema más polémico que tocaron en esa reunión privada fue el de qué hacer con los enemigos de cada uno que se habían refugiado en el ejército del otro.⁴

Al término de las deliberaciones, encabezaron juntos un desfile de decenas de miles de soldados por las calles principales de la ciudad de México, entre los vítores de sus habitantes.

Hicieron una visita de cortesía al presidente Gutiérrez en Palacio Nacional y Villa, bromeando, se sentó un momento en la silla presidencial, con Zapata a su lado. Un fotógrafo registró la escena, y esa placa, que pronto recorrería el mundo, fue para muchos observadores una prueba adicional de que Villa se había convertido en el verdadero hombre fuerte de México.

Ese día tal vez llegó a su cúspide la carrera de Villa. Nadie podía esperar entonces que, en poco más de un año, los enormes ejércitos de la Convención que marchaban por la ciudad de México, con su reputación de cuasi invencibilidad, estarían derrotados. Nadie podía pensar que tan poco tiempo después Villa y Zapata se hallarían fugitivos en sus propias regiones, forzados a volver a la guerra de guerrillas que probablemente creyeron haber dejado atrás para siempre el día que ocuparon la capital.

Las causas de la inesperada y dramática derrota de las fuerzas que comandaba Pancho Villa siguen siendo uno de los aspectos más controvertidos de la historia de la revolución mexicana. ¿Se debió a factores subjetivos u objetivos? ¿Era inevitable? Objetivamente, no es posible excluir la posibilidad de que Villa hubiera triunfado de haber aplicado una estrategia y una táctica diferentes. Sin embargo, tenía escasas probabilidades: los factores objetivos tendían a favorecer a Villa en el corto plazo y a Carranza en el largo.

Cuando estalló la nueva guerra civil, los observadores atribuían una clara ventaja a la coalición convencionista. No sólo sus fuerzas controlaban la mayor parte de México, sino que sus líneas de comunicación no estaban interrumpidas: desde la frontera estadounidense hasta Morelos, todo el país se hallaba bajo su dominio. Por otra parte, los carrancistas no sólo no dominaban una masa territorial semejante, sino que se encontraban divididos en diversos enclaves que, en ciertos momentos, sólo podían comunicarse por mar. El principal contingente de las fuerzas de Carranza, así como su gobierno, se encontraban en Veracruz y las regiones circunvecinas, sin contacto terrestre con las fuerzas que operaban en el noreste. Eran igualmente precarias las comunicaciones con las importantes fuerzas carrancistas situadas en el occidente, en torno al estado de Jalisco.

Los carrancistas sólo dominaban una pequeña parte de Sonora y Coahuila, los dos estados de que procedían la mayoría de sus hombres y sus bases de apoyo. En Sonora, ocupaban un área pequeña, fronteriza con Estados Unidos, mientras la mayor parte del territorio de Coahuila estaba dominado por los villistas. Aunque los carrancistas controlaban el estado de Nuevo León, el apoyo con que contaban allí era más bien tibia. En muchos de los estados del centro-sur y del sur –particularmente en Oaxaca, Chiapas, Yucatán (hasta mediados de 1915) y, en menor grado, Veracruz– se les consideraba como forasteros, como fuerzas de ocupación del norte, e incluso hubo rebeliones locales contra ellos.

Carranza carecía del arraigo popular y la personalidad carismática de Villa o de Zapata. No tenía popularidad entre el pueblo mexicano y su autoridad personal sobre sus tropas era mucho más débil que la de Villa o la de Zapata sobre las suyas. Su alianza con Obregón parecía endeble. Poco después de unírsele, éste había abogado por su renuncia y le había pedido que dimitiera. Sus generales nunca habían obtenido victorias comparables a los triunfos de Villa en Torreón y Zacatecas.

Otra ventaja de Villa era la velocidad adquirida. Se le percibía como un vencedor y sus ejércitos parecían irresistibles, lo que causaba creciente demoralización entre los seguidores de Carranza. La expresión más palpable de esa baja moral fue la forma en que las fuerzas de Pablo González prácticamente se fueron desvaneciendo, sin ser derrotadas, conforme Villa arrasaba las guarniciones que debían cerrarle el paso a la ciudad de México.

Otro factor a favor de Villa era la impresión generalizada, tanto en México como en Estados Unidos, de que el gobierno de Wilson lo prefería. Aunque

esa idea lo perjudicaba ante muchos mexicanos de mentalidad nacionalista, muchos otros la veían como una prueba más de que Villa quedaría como vencedor y, por tanto, era hora de unirse a su causa.

Sin embargo, esas ventajas sólo lo eran en el corto plazo. En el largo (calculable en meses, tal vez incluso en semanas, más que en años), los carrancistas tenían algunas cartas que fueron adquiriendo importancia. Su coalición era más coherente, menos heterogénea y divisionista que la de la Convención, y demostraría un grado mucho más alto de unidad militar. Disponían de mayores recursos económicos. Por último, en términos objetivos, la postura de Estados Unidos resultaría más favorable a ellos que a los convencionistas.

Las ventajas objetivas de que disfrutaban los carrancistas se veían reforzadas por una ventaja subjetiva: la personalidad del propio Pancho Villa, un hombre mucho más orientado a lo regional que Carranza y sus partidarios, y que nunca desarrolló una estrategia militar o política de alcance nacional. A diferencia de Álvaro Obregón, que se convertiría en su principal adversario, Villa nunca aprendió las lecciones que ofrecía la primera guerra mundial en materia de estrategia militar. Y lo más grave: conforme su poder crecía, Villa se iba volviendo más arrogante y estaba menos dispuesto a aceptar críticas y consejos.

UNA ALIANZA FRÁGIL Y HETEROGÉNEA

Las zonas que formaban el núcleo central de la alianza convencionista eran las respectivas regiones de origen de Villa y Zapata, que dominaban casi totalmente. El territorio de Zapata abarcaba el estado de Morelos y las zonas colindantes de los estados vecinos, particularmente Guerrero y el Estado de México. Para fines de 1914, los zapatistas habían ampliado su dominio a porciones del estado de Puebla, incluida su capital.

El zapatismo era esencialmente un movimiento de las comunidades, que constituían la mayoría de la población de Morelos. Tenía cierto apoyo entre los trabajadores residentes en las haciendas, pero menos en las clases medias del estado. Aunque algunos de sus defensores intelectuales eran miembros de la Casa del Obrero Mundial, los zapatistas no contaban con mucho apoyo en la clase obrera urbana y no se esforzaron demasiado por ampliar su influencia entre los trabajadores industriales.

La zona de Villa –Chihuahua, Durango y la región lagunera, que incluía partes de Coahuila– era más rica y más extensa que la de Zapata. Aunque Villa tenía allí un dominio casi completo, enfrentaba una oposición más activa que Zapata en la suya. En Chihuahua, los hermanos Maclovio y Luis Herrera, antiguos jefes incorporados a la División del Norte originarios de Parral, se habían pronunciado por Carranza y, aunque reducidos a unos pocos cientos de hombres, seguían oponiéndose a Villa. Otro tanto ocurría en el vecino Durango con una facción encabezada por los hermanos Arrieta. Si bien se vieron forzados a retirarse a una pequeña zona montañosa, Villa nunca logró derrotarlos.

A diferencia del zapatismo en Morelos, en sus regiones nucleares el villismo era una coalición multiclasista: incluía antiguos habitantes de las colonias mi-

litares, trabajadores agrícolas, mineros, ferrocarrileros y otros trabajadores industriales, grandes sectores de las clases medias, así como algunos hacendados revolucionarios (en general originarios de otros estados y no de Chihuahua).

Los principales dirigentes campesinos en las filas del movimiento villista habían sido Toribio Ortega y Porfirio Talamantes, de Chihuahua, y Calixto Contreras, de Durango; pero Talamantes había caído en la batalla de Tierra Blanca y Ortega había muerto de tifus. El principal vocero de los intereses campesinos que quedaba en Chihuahua, aparte del propio Villa, era un intelectual: Federico González Garza. Por su parte, los dirigentes campesinos de Durango habían sobrevivido y todavía desempeñaban un papel decisivo dentro de la División del Norte.

La alianza Villa-Zapata ejerció una poderosa atracción sobre los movimientos campesinos que se habían desarrollado fuera de esas zonas nucleares. La mayoría de ellos tomó partido por la Convención y contra Carranza. Así ocurrió con un importante movimiento campesino del estado de San Luis Potosí. Se había producido allí un clásico conflicto entre campesinos y hacendados. Las grandes haciendas se habían apropiado terrenos tradicionalmente en poder de los pueblos y provocado una resistencia cada vez más amplia, que convirtió a San Luis en una de las bases de apoyo de la revolución maderista. Wilfred Bonney, uno de los pocos cónsules estadounidenses en México que pensaba que la revolución no era un simple asunto de asaltantes de caminos y bandidos rurales, hizo un sucinto análisis de la revolución que se produjo en San Luis Potosí cuando Huerta tomó el poder.

La revolución en este distrito se dirige instintivamente contra el sistema de castas de la sociedad y el sistema feudal de producción, más que a objetivos puramente políticos. Aunque a menudo se dice que detrás de la revolución se encuentra la cuestión agraria, más bien se la considera una revuelta contra el sistema feudal de producción, que incluye la tenencia de la tierra y determina los mercados, los sueldos y el transporte, y permea toda la estratificación comercial y social.⁵

Militarmente y, hasta cierto punto, también ideológicamente, la revolución constitucionalista de San Luis Potosí se desarrolló con independencia de la norteña y la sureña. En marzo de 1913, cuando el movimiento apenas estaba empezando en el norte, Alberto Carrera Torres, un maestro de primaria de Tula, organizó una fuerza guerrillera en la frontera entre San Luis Potosí y Tamaulipas, y proclamó un plan agrario que exigía el fin del peonaje por deudas, la confiscación de los latifundios y su reparto en lotes de diez hectáreas para cada campesino sin tierras. Carrera Torres añadió una cláusula sorprendente que ningún otro movimiento revolucionario planteó: se le daría tierra a cada soldado federal que se negara a pelear por Huerta. Carrera Torres logró el apoyo de una familia de rancheros relativamente ricos que en otro tiempo se disputaban la mano de obra con una hacienda vecina: los hermanos Cleofas, Magdalena y Saturnino Cedillo. Este último, que era el más

influyente y más instruido de los tres, asistió a la Convención de Aguascalientes y, por recomendación suya, Carrera Torres y sus seguidores decidieron dar todo su apoyo al movimiento convencionista.⁶

Varios cientos de kilómetros al sur de San Luis Potosí, tomaban una decisión similar otros hermanos: los Arenas del estado de Tlaxcala, que encabezaban un gran alzamiento agrario.⁷ En Tlaxcala como en San Luis Potosí, la intrusión de las haciendas en sus tierras había encendido el descontento de los campesinos. Ese descontento se había expresado a través de la participación masiva de la población rural en la revolución maderista. En ambos casos, el gobierno de Madero había hecho muy poco por satisfacer las demandas de esas bases. En San Luis Potosí, el gobernador maderista Cepeda, elegido con los votos de muchos de los revolucionarios campesinos, colaboró con los hacendados para suprimirlos. En Tlaxcala la situación era un tanto distinta: los campesinos habían logrado elegir como gobernador a un hombre favorable a sus demandas, Antonio Hidalgo. Cuando éste se negó a volverse contra sus antiguos seguidores, y de hecho, propuso un programa de cambios agrarios radicales, los hacendados del estado, en colaboración con el gobierno de Madero en la ciudad de México, dieron un golpe de estado para deponerlo.⁸

Como los Cedillo y Carrera Torres en San Luis, los hermanos Arenas de Tlaxcala se decepcionaron del gobierno de Madero, pero pronto comprendieron que Huerta era aún más hostil a sus intereses y más despiadado: cuando tomó el poder en la capital, se sublevaron.

La experiencia de los revolucionarios de ambos estados durante el gobierno de Madero influyó mucho en ellos. En 1911, se habían ido a casa y habían depuesto las armas, evidentemente a la espera de que el nuevo gobierno atendería sus demandas y llevaría a cabo una reforma agraria a gran escala. Tras el golpe de Huerta, ya no esperaron a nadie. En San Luis, Carrera Torres promulgó un plan agrario radical en marzo de 1913, cuando la revolución apenas había empezado en el norte, y en Tlaxcala, los Arenas iniciaron el reparto masivo de tierras de las haciendas. Desconfiaban de Carranza, a quien consideraban otro Madero. Sin embargo, junto con Máximo Rojas, otro dirigente revolucionario de Tlaxcala, se unieron al Ejército del Noreste, que fue la primera fuerza venida del norte que entró en su estado. Cuando estalló la guerra civil entre Carranza y la Convención, los Arenas abandonaron la división de González, proclamaron su lealtad a la Convención y establecieron íntimos vínculos con Emiliano Zapata. En ello influyó la poderosa tendencia agrarista de la Convención, así como el hecho de que Pablo González pusiera a Rojas, que ellos consideraban su rival, al mando de la revolución en Tlaxcala.

La popularidad personal de los Arenas, junto con el atractivo del movimiento de Villa y Zapata, atrajo a la mayoría de los revolucionarios y Rojas se quedó con sólo unos cientos de hombres de su región de origen.⁹

En el estado occidental de Jalisco, donde los problemas agrarios eran menos agudos que en Tlaxcala, Morelos o San Luis Potosí, el mayor movimiento popular estuvo encabezado por un minero, Julián Medina, que defendía la reforma agraria y había intentado en 1912 repartir tierras de las haciendas.¹⁰

Incluía un porcentaje mucho mayor de trabajadores industriales y agrícolas que los movimientos de los dos estados anteriores, y también tomó el partido de la Convención.

Dentro de la coalición convencionista existía, como contrapeso a los revolucionarios agraristas, una fuerte facción conservadora. Sus principales proponentes se concentraban a lo largo de la costa occidental de México, en una región no controlada directamente por las fuerzas de Villa. Su vocero más importante era el gobernador de Sonora, José María Maytorena. Tras la escisión entre Villa y Carranza, Maytorena hizo unos cuantos pronunciamientos radicales e incluso intentó brevemente adoptar una actitud populista prometiendo concesiones a los trabajadores industriales y la reforma agraria a los yaquis, pero su política básicamente conservadora no se modificó.¹¹ Las haciendas confiscadas que había devuelto a sus antiguos dueños siguieron en manos de éstos. Aunque había establecido fuertes vínculos con los yaquis –los había protegido de la deportación en tiempos de Díaz, por lo que se convirtieron en sus acérrimos defensores–, no hizo nada por devolverles las tierras que les habían expropiado.

El más cercano aliado y protegido de Maytorena era el gobernador del vecino estado de Sinaloa, Felipe Riveros, también un maderista relativamente conservador, que había sido elegido tras la victoria de la revolución de 1910-1911. A diferencia de Maytorena, que abandonó el país antes que aceptar el golpe militar, Riveros¹² reconoció a Huerta, pero la rendición no le evitó la cárcel aunque sí le salvó la vida: Huerta, que obviamente lo consideraba inofensivo, acabó poniéndolo en libertad. Riveros pronto se unió a los revolucionarios de su estado natal, muchos de los cuales se negaron a reconocer su mando debido a la actitud que había tenido hacia Huerta. Sin embargo, logró recuperar la gubernatura, en gran medida gracias a la ayuda de Maytorena. Al igual que éste en Sonora, Riveros enfrentaba una fuerte oposición de los revolucionarios locales, partidarios de Carranza, y por esa rivalidad, más que por cualquier tipo de convicción social, se alió con Villa.

Un tercer y más sorprendente miembro de ese bloque conservador era Rafael Buelna, el joven dirigente revolucionario que había tomado el control de Tepic y sus alrededores, sobre la costa del Pacífico. Buelna representaba un tipo de revolucionario frecuente a finales del siglo XX, pero raro en la revolución mexicana: el estudiante revolucionario. Brillante y audaz general, movilizó a un grupo grande de hombres, la mayoría procedentes de su región nativa de Tepic, cuna de uno de los mayores levantamientos campesinos del siglo XIX. Triunfó en las condiciones más desventajosas y logró el control de la región; a partir de ese momento, decepcionó profundamente a sus seguidores de clase baja, que esperaban tener en él un protector y vocero de los pueblos indios. En cambio, hizo la paz con la familia más poderosa del lugar, el clan Casa Aguirre. Como dice un biógrafo que, por lo demás, generalmente simpatiza con Buelna, los revolucionarios que se habían levantado en el sur de Sinaloa y en Tepic

no se habían lanzado a la carrera por ambición militar. Había dolores sociales y económicos que empujaban a la gente a la guerra civil; no era un